

A woman in a Victorian-style dress with a lace parasol is the central focus. The background is a scenic view of a river with trees and a building in the distance, all reflected in the water. The text is overlaid on the image.

LAS DANKWORTH I

SONATA PARA
BEATRICE

CLAUDIA CARDOZO

Un amor capaz de derribar mil y un obstáculos para encontrar la felicidad.

Joven, entusiasta y con un particular talento para la cocina, Beatrice Dankworth, la mayor de cinco hermanas, debe dejar su hogar en Stratford para ayudar a los suyos. Gracias a los contactos de su madre, termina como asistente de cocina en la mansión de los Havilland, una familia cuyos miembros resultan tan curiosos como interesantes. Y sin duda, el más atractivo de ellos es Conrad.

Apuesto, brillante y considerado un pianista prodigio, Conrad Havilland pudo haber tenido el mundo a sus pies, pero un terrible accidente frustra todas sus ilusiones. Incapacitado para volver a tocar y con las secuelas del accidente como un constante recordatorio de su desgracia, se convierte en un ser amargado a quien incluso su propia familia apenas tolera.

Cuando Beatrice y Conrad se conocen, se desata una guerra sin cuartel entre ambos, pero con el tiempo, según cada uno va dejando caer sus defensas y descubre al extraordinario ser humano que es el otro, no podrán evitar enamorarse. Sin embargo, ambos tendrán que decidir si están dispuestos a derribar las barreras que se les presenten y entregarse al amor.

Índice de contenido

Cubierta

Sonata para Beatrice

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Budín de chocolate al vapor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis padres.

*Yo no te pregunto adónde me llevas.
Ni por qué.
Ni para qué.
¿Tú quieres caminar?, pues yo te sigo...
Yo soy más fuerte que tú, porque me apoyo en ti*
Carmen Conde

Habla bajito si hablas de amor
William Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*
ces

Prólogo

El señor William Dankworth se crio en las calles de Londres, pero algo en su interior le dijo siempre que aquel no era el lugar al que realmente pertenecía. Podía sentirlo en sus huesos, que crujían en los días fríos incluso cuando era aún demasiado joven para sufrir esas molestias; en los accesos de náusea que lo asolaban cuando se veía obligado a atravesar las calles de la ciudad de punta a punta para cumplir con los encargos de su padre, un negociante que surtía de géneros a distintos comercios. Veía al cielo y lo encontraba surcado de nubes grises que lo sumían en una melancolía que no sabía a qué achacar.

Cuando su madre reparó en esa insatisfacción perenne en su único hijo, sugirió a su marido que tal vez el bueno de William necesitara explorar otros horizontes, que quizá la vida en Londres no fuera la mejor para él y que sería buena idea enviarlo al campo con alguno de sus amigos para que cambiara de aires por un tiempo y así, cuando volviera, se encontraría mucho más restablecido, listo para ocuparse del negocio familiar.

El señor Dankworth aceptó a regañadientes con la condición de que fuera él quien eligiera el lugar al cual enviar a su hijo. Preocupado por la idea de que el muchacho pudiera sentirse demasiado cómodo fuera de casa, optó por ponerlo en manos del que había sido un socio de su padre, un viejo avaro y hurraño junto al que, pensó, ningún joven po-

dría sentirse a gusto. ¿La señora Dankworth quería que su hijo disfrutara de nuevos aires? Estupendo. Los tendría en Stratford, esa pequeña ciudad cercana a Birmingham que a él se le antojaba ridícula porque, a su parecer, vivían a la sombra del que fue su vecino más ilustre, Shakespeare. Con seguridad, William se aburriría en menos de un mes antes de escribir para rogarles que lo dejaran volver a casa.

Lo que el señor Dankworth no podía imaginar, sin embargo, y la vida no le alcanzó luego para arrepentirse de ello, fue que sería precisamente en Stratford donde su hijo habría de encontrar su destino porque, cuando William puso un pie en la ciudad de aspecto medieval con sus casas de entramado de madera blanco y negro, las bucólicas orillas de su río y sus barcas multicolores, advirtió que algo extraño ocurría en él.

Respiraba mejor, sentía los miembros ágiles y fuertes y, por sorprendente que pudiera ser, se le aclararon las ideas de golpe.

Él no quería pasar el resto de su vida siguiendo las órdenes de su padre. Lo respetaba, sí, tanto como amaba a su querida madre; pero no quería seguir el camino que él había trazado para su futuro desde su nacimiento. William ansiaba otras cosas, y aunque aún no tenía del todo claro qué era eso, sabía que estaba relacionado con esa ciudad.

De modo que pasó un tiempo allí y, pese a que el viejo amigo de su padre no le puso las cosas fáciles, aquello no varió ni un ápice su determinación. Pasaba buena parte de sus días errando por la ciudad, absorbiendo su historia y, casi sin darse cuenta de cómo ocurrió, terminó enamorado de cada rincón que salía a su paso. De ello y de todo lo relacionado con el hijo predilecto de la urbe.

Él nunca había leído nada de Shakespeare hasta que la mujer del colmado al que lo enviaba su anfitrión puso ante sus narices una pila de sus obras con la recomendación de que las leyera, porque era un crimen que alguien que residía en la ciudad, por corta que fuera su estancia, pareciera

tan ignorante de algo que los lugareños consideraban fundamental para entender su tierra.

Así, William, que nunca se había caracterizado hasta entonces por ser un gran lector, se sumergió en las obras del Bardo y ya no hubo vuelta atrás. Devoró todo lo que tenía entre manos y cayó presa de una nueva obsesión, desesperado por conocer tanto del hombre con el cual compartía nombre como fuera posible. Cuando terminó con su obra, empezó a recorrer los muchos edificios históricos que se conservaban en la ciudad, desde la casa en la que nació Shakespeare hasta aquella en la que dio su último suspiro; de la granja que fue el orgullo de su madre al taller de su padre, rico fabricante de guantes. Pero, sin duda, su favorita era la hermosa y elegante propiedad que perteneció a su hija Susanna y al marido de esta, John Hall.

Los habitantes de Stratford custodiaban el edificio como si se tratara de una joya de la Corona. No quedaban ya descendientes directos del Bardo, así que la casa de madera había pasado de mano en mano hasta ser incluso una escuela. Esta había cerrado recientemente para la llegada de William, y permanecía abierta al público por el pago de unos cuantos chelines a fin de asegurar su mantenimiento.

William iba con frecuencia y se perdía entre los jardines de plantas aromáticas. Le daba vueltas a las historias de Shakespeare que acababa de descubrir y se sorprendía imaginando a las heroínas de dichas historias correteando entre las flores, ajenas a los dramas y las comedias de las que provenían; solo chiquillas encantadoras y valientes que, cogidas de las manos, se confiaban sus secretos y reían a hurtadillas.

En la casa de los Hall, William hizo otro descubrimiento que habría de tener una influencia capital en su vida. El señor Hall fue un reputado médico y en su hogar se conservaba el consultorio en que atendía a sus pacientes, así como los instrumentos propios de su oficio en la época en que le tocó vivir.

William encontró fascinante todo aquello y, animado por su recién descubierta pasión por la lectura, decidió buscar información relacionada con la medicina y las posibilidades que tendría un chico como él para desarrollar semejante carrera.

Para cuando su tiempo en Stratford estaba cerca de terminar, el joven Dankworth veía su futuro tan incierto como el día en que llegó; sin embargo, había dos cosas muy claras en el horizonte que le sirvieron de consuelo en tanto hacía el viaje de regreso a Londres: la primera era que no iba a seguir los pasos de su padre, el comercio no era para él; y la segunda que, sin importar lo que fuera a hacer con su vida de allí en adelante, estaba seguro de que, tarde o temprano, sus pasos iban a redirigirlo nuevamente a Stratford. Aún más, para él y hasta que pudiera convertirlo en un hecho tangible y real, la pequeña ciudad a la ribera del río, la cuna del Bardo y el lugar que había despertado al hombre al que estaba destinado a ser, sería, cuando menos en su corazón, el único hogar que estaba dispuesto a reconocer como tal.

Budín de chocolate al vapor

Ingredientes:

225 g de chocolate
150 g de pan rallado
1/2 pinta de leche
150 g de mantequilla
120 g de azúcar en polvo
3 huevos

Preparación:

Derrita la mantequilla y el chocolate y luego agregue las migas de pan y la leche. Siga revolviendo sobre el fuego hasta que se vuelva espeso. Separe los huevos y cocine las yemas con el azúcar; luego combine esto con la mezcla de chocolate. Bata las claras de huevo y luego intégrealas en su masa de chocolate. Forre un tazón de budín con mantequilla y vierta su mezcla. Agregue un círculo de papel para hornear en la parte superior y asegure un paño sobre la parte superior con una cuerda. Puede abrir los bordes y atarlos en un asa. Colóquelo en una sartén y llénelo con agua hasta que alcance la mitad del tazón. Vapor durante aproximadamente una hora.

Receta extraída del libro de cocina de la señora Cromcombe

Capítulo 1

*S*tratford, 1876

—Tienes que ser extremadamente cuidadosa con el vapor. Y recuerda, es solo para ocasiones especiales; no puedes darte el lujo de gastar en chocolate cuando se te antoje; el cumpleaños de la señorita Pfeiffer podría ser una buena ocasión para probar la receta. Y por favor, ocurra lo que ocurra, no olvides...

—Asegurar el paño con la cuerda. O se arruinará. Lo has dicho cinco veces ya, Beatrice. ¿No deberías preocuparte por terminar con tu equipaje?

Beatrice contuvo un suspiro y se humedeció los labios con nerviosismo antes de dar una mirada alrededor con la misma desesperanza con la que lo hubiera hecho un condenado al cadalso al despedirse de todo lo que le era querido. En cierta forma, se dijo al forzar una sonrisa, ¿no era eso lo que hacía?

Pero no lo mencionó en voz alta; había prometido a su madre que mantendría el temple y que no se dejaría arrastrar por la pena. Dejaba su hogar, sí, y con ello todo lo que había conocido en sus diecinueve años de vida, pero ella era una Dankworth y los miembros de su familia se caracterizaban por su valor. Su padre abandonó todo lo que había conocido alguna vez para asentarse junto con su madre en Stratford, ¿por qué no iba a poder hacerlo ella también?

Además, era posible que sus hermanas pronto le siguieran sus pasos. Con esa idea, que le resultó menos alegre de lo que le habría gustado, observó a su hermana Juliet, la más pequeña de todas y quien se mostrara más triste por su próxima partida y, sin poder contenerse, le dio un rápido abrazo, sosteniendo sus hombros con firmeza.

—No me preocupa que se arruine —dijo bajito con voz dulce—. No quiero que te lastimes si se escapa el vapor.

Oyó cómo su hermana contenía el aliento y su respuesta surgió ahogada por las lágrimas una vez que se recuperó de la sorpresa.

—Odio que te vayas.

—Lo sé.

—Voy a extrañarte mucho.

—También lo sé.

Juliet dejó escapar una risa y echó el rostro hacia atrás para mirar a su hermana con una ceja arqueada, ya sin rastros de pesar en la voz.

—Por favor, procura no mostrarte tan sabelotodo cuando llegues a Londres o la señora Felton te odiará —aconsejó sonriente.

Beatrice se encogió de hombros, con lo que algunos mechones de cabello castaño escaparon del recogido en que los sujetara esa mañana y que estaba a punto de desbaratarse por los ajetreos del día.

—Me odiará de cualquier forma en cuanto sepa que no tengo idea de lo que estoy haciendo —replicó ella.

Su hermana dio un paso hacia atrás y se llevó las manos a las caderas como si acabara de insultarla gravemente.

—Eso no es verdad; siempre sabes qué hacer, en especial cuando se trata de cocinar —indicó ella—. Eres la mejor cocinera del mundo.

Fue el turno de Beatrice para reír, y en tanto sus carcajadas resonaban en la cocina, rozando con su cristalino eco las ollas de cobre colgadas sobre el fogón, sacudió la cabeza y se puso en camino para dirigirse a su dormitorio. Juliet

fue tras ella dando saltitos para igualar su paso apurado sin dejar de rezongar.

—Está bien —señaló, como si su hermana hubiera dicho algo para cuestionar su última afirmación—. Tal vez no seas la mejor cocinera del mundo. Aún. Pero eres la mejor de Inglaterra.

El bufido de Beatrice le dijo claramente lo que pensaba de aquello, por lo que no le quedó más remedio que poner los ojos en blanco y cruzar tras ella el umbral de la habitación que ella y dos de sus hermanas compartieran desde que podía recordarlo.

—Bueno, entonces de Stratford. Tienes que reconocer al menos eso; eres la mejor cocinera que ha visto esta ciudad y no admitiré que digas lo contrario —soltó con un resuello la más joven.

Beatrice puso los brazos en jarras y observó a su hermana con gesto de rendición, sobrepasada por esa muestra de lealtad.

—Vivimos en una ciudad pequeña —mencionó tan solo como de pasada.

—Tal vez. Pero es una ciudad con estupendas cocineras y tú eres la mejor.

Juliet alzó las manos como si acabara de señalar un hecho irrefutable y el cuaderno que trajera con ella de la cocina atrajo la atención de su hermana, que lo contempló con cierto pesar, aunque fue evidente que hizo todo lo posible por ocultarlo. A su hermana no se le pasó el gesto, sin embargo, porque le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

—Eres muy amable al dejarnos tus recetas; te ha llevado tanto tiempo reunir las... —La jovencita frunció el ceño—. ¿Estás segura de que no quieres llevarlo contigo? Es posible que te haga más falta que a nosotras.

Beatrice se llevó el dedo índice a la sien y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Todo está aquí —aseguró, convencida, pero continuó en tono menos seguro al toparse con la mirada de su her-

mana—. Eso ha sonado muy sabelotodo, ¿cierto?

Juliet se encogió de hombros, resignada.

—Estoy segura de que no lo haces a propósito. No puedes evitarlo.

Beatrice entrecerró sus grandes y expresivos ojos de un tono de verde muy similar al del arroyo que cruzaba el pueblo. Parecía como si no estuviera del todo segura de si debía tomarse eso último como una crítica o un halago; pero debió de pensar que no tenía sentido considerarlo siquiera porque, tras hacer una mueca, empezó a recorrer la amplia habitación para asegurarse de no haber olvidado meter nada en la maleta que su madre le ayudara a preparar la noche anterior. Encontró el espejo favorito de Portia, el que esta le dejara con el argumento de que necesitaría tener algo bonito con ella que le recordara a su familia cuando se encontrara lejos de casa, y lo guardó con mucho cuidado. No se lo comentó a su hermana entonces, conmovida por su gesto, pero no necesitaba llevar ningún objeto con ella para recordar lo que dejaba atrás.

—Se va a sentir muy vacío sin ti.

Beatrice se detuvo de golpe al oír la voz de su hermana, pero reanudó el trabajo casi de inmediato, esforzándose por no dejarse invadir por la nostalgia. Ya tendría tiempo para eso.

Juliet se dejó caer sobre su cama y empezó a jugar con sus dedos en una muestra de nerviosismo que le resultaba familiar desde la muerte de su padre; por lo general, era ella quien envolvía sus manos con un gesto cargado de ternura para aplacarla, pero en ese momento no se vio capaz de hacerlo.

—No puedo creer que nos dejes; creí que las cinco estaríamos siempre juntas, aquí en Stratford. Pero ahora te vas y, ya oíste a mamá, es posible que Portia se vaya también pronto. O Miranda... Nuestra familia se ha hecho pedazos.

Beatrice apretó los labios, sin responder nuevamente.